

Un libro que nos toca el corazón

Paisajes inadvertidos. Miradas de la guerra en Bogotá

SANTIAGO SILVA SCHLESINGER
Alcaldía de Bogotá, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 2019, 379 pp.

EN COLOMBIA ha habido una importante tradición de escritores dedicados a lo que el medio editorial ha denominado, sobre todo en los últimos años, “literatura de no ficción”, la cual, desde la crónica, el reportaje y la literatura testimonial, entre otros géneros, aborda historias reales con un lenguaje más cercano al de la novela (o a la “literatura”) que al de los trabajos académicos, a veces tan áridos y poco leídos por el amplio público.

Esos textos tratan varias facetas de la realidad de este país, por lo que no es extraño que muchos se refieran a la violencia y al conflicto armado colombiano encontrando las voces de aquellas personas que han sido tradicionalmente ignoradas, menospreciadas, apartadas o silenciadas (o todo esto junto) de manera violenta. Dichos trabajos han permitido ampliar las miradas sobre el territorio y sus habitantes, haciendo contrapeso a las historias oficiales que, a veces, dejan cosas por fuera del relato, pues ya sea por acción u omisión defienden un orden que solo quiere contar una versión de los hechos.

De la mano de importantes escritores e investigadores, como Germán Pinzón, Germán Castro Caycedo, Alfredo Molano, Pedro Claver Téllez, Diana María Pachón y Pacho Escobar, entre otros, se ha logrado conocer una verdad más rica y diversa. En ese contexto —y esa tradición— se encuentra el libro *Paisajes inadvertidos. Miradas de la guerra en Bogotá*, de Santiago Silva Schlesinger, antropólogo y especialista en economía. Con el apoyo del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación de la Alcaldía de Bogotá, el autor desarrolló un juicioso e inspirado ejercicio de construcción de memoria individual y colectiva para ayudar a comprender cómo el conflicto armado interno (y la guerra y la violencia), que a veces algunos creen tan lejano de la gran ciudad de Bogotá, se encuentra presente en

la vida de muchos, así esto no parezca claro o deliberadamente se ignore.

El libro está muy bien escrito y documentado; se lee fácilmente, genera interés y “toca el corazón”. De hecho, comienza con un inspirado prólogo de Arturo Charria, coordinador del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, haciendo referencia a algunas obras artísticas que tenían la premisa de promover la idea de la existencia de una situación bucólica y feliz que, si bien podía tener algunos visos de verdad, era solo una fracción de la compleja realidad y escondía otros relatos —y otras imágenes— igualmente reales, pero, tal vez, inconvenientes para ciertos sectores, ya que explicitaban tensiones y conflictos. Por esto, el prólogo nos plantea el objetivo fundamental del libro: apostar por la construcción de la memoria histórica en la ciudad, prestando atención a aquellas voces tradicionalmente ignoradas, excluidas y silenciadas por el conflicto armado en Bogotá, las cuales, aunque tienen espacio para la alegría, no son precisamente felices o, al menos, no en todos los casos.

Uno de los atractivos del documento es la presencia de títulos sugestivos y acápites tomados de frases de canciones y poemas de diferente origen, bastante relacionados con las historias que se relatan. Esto deja ver sensibilidad artística en el autor, lo cual genera empatía al recordar cosas que van más allá de las meras palabras (eso sí, le aclaro al autor que la charanga no es un ritmo, sino un formato instrumental).

Los tres capítulos del libro —y los relatos que los componen— narran historias de personas que viven en Bogotá y que se convirtieron en víctimas, testigos y protagonistas del conflicto armado. Los secuestros, la desaparición forzada, los asesinatos, la intimidación, el reclutamiento forzado, entre otras situaciones, están presentes en los relatos, poniendo en evidencia que las expresiones de la guerra se manifestaron en la vida de muchos habitantes de la ciudad, con unos victimarios que han tenido diferente procedencia, incluso oficial.

El libro comienza con la historia del Sumapaz, amplio territorio perteneciente en gran parte al Distrito Capital, en el que vivía una familia que se

encuentra con los actores de la guerra, a veces tan indolentes y fríos. Luego, conocemos la historia de Nydia Erika, una joven mujer que con gran talento y dedicación al estudio se fue haciendo consciente de las injusticias que vivían muchas personas en el país, por lo que, a pesar de tener un hijo pequeño, se involucró en un grupo insurgente, al tiempo que fue objeto de la represión estatal. Posteriormente, se relata la vida de Mario Calderón y Elsa Alvarado, dos investigadores que, por diferentes caminos, se encontraron para enamorarse, emprender proyectos colectivos y morir en manos de aquellos que creen que solo con la violencia y eliminando al otro se logran objetivos válidos. De hecho, la vida de su hijo, sobreviviente de esos hechos, es también relatada en el texto, dejando ver que la memoria va más allá del mero recuerdo individual. Finalmente, se cuenta la historia de un hombre, padre de una hija (y de otra que viene en camino), secuestrado por la guerrilla, lo que se tradujo en un drama no solo para él sino para sus seres queridos que lo esperaban con angustia.

Todas estas historias se complementan a veces con nuevos protagonistas y relatos en larga duración, no solo de un suceso específico, sino de varios que se relacionan. Esto deja en evidencia cómo el conflicto armado en Bogotá ha sido una realidad que afectó a muchos de sus habitantes, y no solo a los que llegaron de otros lugares. En ese contexto, hay dos subcapítulos que hacen un recorrido por algunos territorios que, para ciertas personas, adquieren nuevos significados e interpretaciones, como es el caso del que se refiere a una mujer víctima de desaparición forzada en las operaciones del Palacio de Justicia (cuya hermana hace un profundo y doloroso ejercicio de memoria por los lugares donde siguió infructuosamente, pero con gran valentía, su rastro), y de otro sobre los habitantes de Corinto, un barrio en el suroriente de la ciudad, llamado así en referencia a la población del Cauca, donde el M-19 estableció un campamento.

Con base en estas historias, se podría decir que, para algunos de los que han sufrido los embates de la guerra y han perdido a sus seres queridos, la memoria es algo fundamental para seguir con vida (bueno, ¿para quién no?), por

RELATOS		RESEÑAS
<p>lo que vale la pena hacerla emerger, por supuesto, con mucha precaución y responsabilidad. De hecho, es posible que, a veces, en un conflicto complejo y largo, no solo las víctimas hayan sido prisioneras de los hechos, sino también los victimarios, y esto se puede extrapolar a aquellos que están atrapados en una vida con pocas oportunidades, que se enfrentan a la indolencia del resto de la sociedad y, sobre todo, de una dirigencia que debería responsabilizarse de muchas cosas.</p> <p>Esto es parte de lo que se puede encontrar en <i>Paisajes inadvertidos. Miradas de la guerra en Bogotá</i>, un trabajo que no trata solamente de la memoria, sino también del amor: a los demás, a la pareja, a los hijos, a un territorio y a sí mismos, lo cual, a pesar de la guerra que endurece los corazones, aflora en cualquier momento. Y entre todo esto, vale la pena tener presentes a aquellos que tuvieron un compromiso con el mundo para tratar de hacerlo un lugar mejor.</p> <p>Según una de las frases del libro, pronunciada por uno de sus protagonistas, “la vida no vale nada entonces es solo eso, caminar por el camino equivocado y morir de espaldas sin que nadie se entere”; pero, por el contrario, el libro nos demuestra que la vida sí vale mucho, con sus sueños individuales y colectivos, la solidaridad, los afectos y las luchas por tener un lugar en el mundo. Con esto, los relatos pueden contribuir a generar conciencia sobre los dolores, tristezas y traumas que la guerra ha dejado en este país, humanizando tantas cosas que la violencia ha hecho olvidar, porque detrás de esos férreos corazones pueden estar todavía las miradas de esos niños que fueron empujados a la guerra –o a la indiferencia–, casi siempre sin quererlo. Por eso, de pronto “Cachetes”, la mujer con la que Luis se encontró en su cautiverio, era Sandra Paola, la niña que la guerrilla arrebató a su familia en el Sumapaz. O de pronto no, pero podría ser.</p> <p>El libro también cuenta con un aparte de fotografías, de diferentes lugares de la ciudad, que no está directamente relacionado con los relatos, lo cual es una falla editorial. Igualmente, cuenta con varios mapas que ubican al lector, esos sí, con base en los relatos desarrollados.</p>	<p>Cabe decir que los créditos del libro reconocen que el “concepto editorial, la investigación y la escritura” son de Santiago Silva Schlesinger, es decir, que es el autor del libro, pero no lo dicen claramente. Tal vez ocurra por alguna cuestión contractual; sin embargo, quien escribe esto hizo un libro para una entidad del Distrito Capital y lo firmó como autor, sin inconvenientes.</p> <p>No sobra mencionar que, con mi experiencia de trabajo en el Cinep y en el Sumapaz, puedo decir que este libro ha sido una oportunidad para recordar —memorar— el cariño que tengo por esos espacios y las personas que allí se encuentran, lo cual me generó un interés especial en leerlo.</p> <p>En conclusión, <i>Paisajes inadvertidos. Miradas de la guerra en Bogotá</i> es un buen libro que nos ayuda a la construcción de una memoria colectiva y nos inclina, además, a sentir empatía, solidaridad e identificación con las víctimas de un conflicto que no se acaba (y que algunos no quieren que se acabe), que en la ciudad dejó tantas cosas sin resolver o, peor aún, mal resueltas, a pesar de que, como afirma uno de los protagonistas de la historia, “en esta guerra nadie más merece perder”. Ojalá todos lo entendieran, pues este excelente trabajo de no ficción, que ojalá tenga difusión y muchos lectores, nos ayuda a hacerlo y, sobre todo, a sentirlo.</p> <p style="text-align: right;">Petrít Baquero</p>	